

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)
Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XVIII

EL EMPERADOR MAXIMILIANO
TRATA DE CONVENCER A DÍAZ

Convencido de que el general Díaz era el factor clave para México, Maximiliano decidió convencer al héroe para que abandonara a la república y sirviera al imperio.

En medio de su alegre corte, el joven y romántico emperador empezó a sentir un terror espeluznante e indescriptible de la lenta condena papal.

Con un juicio ligero y sin apreciar el amor apasionado de la independencia mexicana que formaba el núcleo de la causa republicana, incluso invitó a Juárez a aceptar un cargo y tuvo la audacia de ofrecer al incorruptible presidente un salvoconducto para sostener una entrevista. A esto, Juárez respondió: “Me es imposible acceder a su llamado; mi cargo oficial no lo admite. Pero si en el ejercicio de mis funciones públicas pudiera aceptar tal invitación, no bastaría con la fe pública, la palabra y el honor de un agente de Napoleón, el perjurio: de un hombre cuya seguridad está en manos de los traidores mexicanos, de un hombre que en este momento representa la causa de uno de los partidos que firmó el Tratado de la Soledad.”

Pero ahora, con Juárez fugitivo en tierras lejanas, con la causa republicana que agonizaba en el norte por el millar de heridas y traiciones y el populacho intimidado por las bárbaras matanzas y el saqueo y quemazón de las casas y pueblos, a Maximiliano y a Bazaine les parecía que la barrera suprema que obstaculizaba al Imperio era el general Díaz, quien no sólo presentó un tenaz combate en Oaxaca, sino que mantenía ardiendo el corazón del sur. Bajo el liderazgo del joven general oaxaqueño, los indígenas patriotas parecían luchar con un valor extraordinario.

A oídos de Díaz llegaron rumores de que, siendo el imperio un hecho consumado, no sorprendería que Maximiliano, en lugar de ser asesorado por hombres peligrosos, se rodeara de liberales, quienes harían que se inclinara a sus ideales generales. El general Uruga y el general Vidaurri se habían acercado al emperador. En vez de oponerse a Maximiliano, en interés de toda la nación ¿no sería más prudente ocupar un lugar en sus fuerzas y permitirle poner en práctica la simpatía interior que sentía por los patriotas combatientes de México? El abogado Manuel Dublán (que después fue parte del gabinete del presidente Díaz), pariente y amigo íntimo de Juárez, apareció en Oaxaca y fue a ver al general Díaz, ofreciéndole un alto puesto en el imperio de Maximiliano. De hecho, Dublán llevaba sus cartas credenciales firmadas por Juan Pablo Franco, a quien Maximiliano había nombrado prefecto superior político de Oaxaca. En nombre del emperador dijo que, si Díaz apoyaba al gobierno imperial, podría conservar el mando de esos estados que formaban su línea de operaciones en el oriente y que no mandarían a ellos tropas extranjeras.

Me indignaron estas proposiciones ignominiosas —dice el presidente Díaz—. Fue mayor mi enojo porque me las entregaba un individuo que tenía relaciones personales y de familia con el presidente Juárez y con distinciones que había recibido del partido liberal. De inmediato mandé ponerlo preso, para fusilarlo después. Al final, la influencia de don Justo Benítez y del general Salinas le salvaron la vida. Afortunadamente el licenciado Dublán sobrevivió

lo bastante para reivindicarse hasta donde era posible, poniendo su clara inteligencia al servicio de la república en una ocasión oportuna y con muy buen éxito.

Maximiliano y Bazaine conocían bien la influencia decisiva de la personalidad heroica de Díaz y su don de mando en la continuación de la lucha, y el emperador buscó acercársele por todos los medios. Luego de que se frustrara el primer intento de apartarlo de su deber a través del licenciado Manuel Dublán, Maximiliano trató de aproximarse a él por medio del desleal general mexicano Uruga, quien había abandonado la república para pasarse al imperio.

En sus memorias, el presidente Díaz cuenta cómo fue este último esfuerzo para llegar a su conciencia patriótica por medio de un general a cuyas órdenes sirvió en muchas batallas y por el cual sentía gran afecto y admiración:

El general don José López Uruga, que mandando fuerzas nacionales se había pasado al enemigo y tenía algún empleo cerca de la persona de Maximiliano, me envió a su ayudante, quien había sido jefe de mi estado mayor y estaba entonces sirviendo al imperio. Me entregó una carta fechada en México el 18 de noviembre de 1864, en que me invitaba para seguirlo en su defección, y me ofrecía dejarme con el mando de los estados que formaban la Línea de Oriente, y que no se mandarían a ellos soldados extranjeros sino en caso de que yo los pidiera. Yo había tenido mucha estimación y respeto por el general Uruga, pero esa circunstancia no me hizo vacilar absolutamente en el cumplimiento de mi deber, porque con su conducta había perdido ya para mí toda consideración.

Me pareció pues que era oportuno, para templar mejor el ánimo de mis subordinados, poner en su conocimiento la invitación que me hacía el general Uruga, y con tal motivo cité a una junta a los generales y coroneles que tenían colocación en las filas; les di conocimiento de la carta y de mi respuesta advirtiéndole al general Uruga que un segundo enviado, cualquiera que fuese su misión

sería tratado como espía. Dirigí en la misma fecha una circular a los gobernadores y jefes militares de la Línea de Oriente, poniendo en su conocimiento lo ocurrido.

En vista de la historia posterior, es interesante leer la carta ideada con astucia con la cual el títere coronado de Napoleón confiaba voltear la espada inmaculada de Díaz en contra de su país:

México, noviembre 18 de 1864

Señor general don Porfirio Díaz
Muy querido amigo:

Muy largo sería hacer a usted un relato de lo que se me ha hecho sufrir por mis correligionarios. Luis [el mensajero secreto de Uraga] dirá a usted algo, pero basta decir a usted que sin quererse batir, sin querer salir del sur de Jalisco y sin querer sujetarse a no tomar del pueblo sino lo necesario para vivir, cada cual esperaba y buscaba una fortuna en la revolución, y esto cuando se proponían no batirse nunca, para sólo ser los últimos.

No creí que esto era servir al país, ni defender nuestra causa, ni honrar nuestros principios; y sin poder embarcarme ni salir por ningún punto, me mandé entregar en junio al emperador para hacer cesar la guerra, sin reconocer nada. Obré también mal, porque obré con desconfianza. Pero hoy que proclamo aquí nuestros principios, que se me oye, que combato en un terreno legal y que veo todo lo noble, todo lo patriótico, todo lo progresista e ilustre del emperador, le digo a usted, amigo querido, que nuestra causa es la causa del hombre que amante de su país y de su soberanía, no ve sino la salvación de su independencia y su integridad. Está aquí [Maximiliano] combatiendo con honor y lealtad por nuestros mismos principios, sin excusarlos, sin negarlos ni abandonarlos.

Si yo hubiera visto peligrar nuestra independencia o la integridad de nuestro territorio, yo juro a usted que habría muerto en los

cerros antes que reconocer nada, y si hubiera tenido la cobardía de venir, habría sido con la buena fe de decir a usted: “hay que combatir”. Pero no es así, Porfirio, creo que usted me hará justicia, que me conoce y que aceptará mi apreciación de las circunstancias. Nos perdemos y perderemos nuestra nacionalidad si continuamos esta guerra sin fruto ni resultado. Todo vendrá a poder de los americanos, y entonces ¿qué tendremos como patria? Hasta hoy tiene usted un nombre limpio, honrado y considerado, buena aceptación y medios de hacer mucho por la causa del progreso, entrando franca y noblemente en materia. Mañana sin combatir, por la cizaña de siniestros hombres, por las intrigas de sus émulos y por la misma situación, no quedaría nada, ni un nombre de gloria.

Le mando a Luis a quien conoce usted: esto y mi nombre ¿no son para usted una garantía de franqueza y lealtad? Luis hablará a usted: yo estoy aquí para todo cuanto usted quiera, y cuando usted venga y vea lo que pasa y se vuelva a su punto y a sus fuerzas, si no conviene en lo que digo a usted o diga lo más conveniente, en todo trabajaré. Conservémonos unidos: si hemos perdido el sistema no perdamos los principios, y sobre todo, el país en su integridad e independencia.

Adiós, querido Porfirio, usted sabe cuánto lo he querido, con qué franqueza le he hablado siempre y cómo es su amigo que lo ama y b.s.m.

JOSÉ L. URAGA

Por muy desertor que fuera, Uruga había recorrido muchos campos de batalla con Díaz y lo conocía demasiado bien como para creer que un mero llamado a su amor por el país podría conmoverlo. Al no atreverse a hacer la menor sugerencia de un soborno, ya fuera en forma de riqueza, rango o poder —el medio común empleado por todos los que servían a Napoleón— el traidor rendía un significativo tributo al patriota.

La respuesta de Díaz a quien le ponía la tentación, a través del cual Maximiliano hacía un llamado a su espada en nombre del patriotismo, es uno de los documentos más interesantes y elocuentes en la maravillosa

historia de México. Pese a la emoción obviamente fuerte que sintió el general Díaz cuando redactó su contestación a Uruga, cabe observar que al dirigirse al desertor, su instinto militar obsesivo lo llevó a exagerar el número e importancia de sus fuerzas. He aquí la carta:

Señor don José López Uruga, México
Mi antiguo general y estimado amigo:

Con indefinible placer abrí los brazos a Luis [el mensajero] y fijé mi vista sobre la que con él se sirvió usted dirigirme, porque había creído que su venida y su misión tuviesen otro objeto; pero si bien el desengaño fue tan pronto como doloroso y Luis me ha oído hablarle franca y extensamente, tengo que corresponder a usted, si no con mucha extensión, sí con toda lealtad.

Quedo muy reconocido a la mediación que usted se digna ofrecerme, porque si bien lamento los errores que han dado lugar a este paso, comprendo todo el fondo de estimación y aprecio que entraña.

Yo no seré el que me constituya juez de los actos de usted, porque me faltaría la necesaria imparcialidad, y antes que someterlo a juicio, lo abrazaría como a un hermano y lo comprometería a volver sobre sus pasos.

Pero si usted puede explicar su conducta, según su criterio, yo no podría explicar la mía, porque mi situación, los elementos que dispongo, los hombres y el pueblo que me ayudan, que según usted me dice, eran adversos a nuestra causa en el centro, son en oriente otros tantos gajes de indefectible triunfo.

El personal de la fuerza es de la misma clase que el de la brigada que mandaba yo en Puebla; y usted sabe que en pocos lugares encontraron los franceses la misma resistencia que cuando se las habían con Oaxaca. Tengo también fuerzas de otros estados, pero tan perfectamente identificadas a las otras por su moral, disciplina y entusiasmo, que son acreedoras a igual estimación.

En los estados de oriente se mantiene una organización administrativa tan vigorosa y tal escrupulo en la contabilidad, que sus escasos recursos nos proporcionan los medios necesarios de subsistencia, sin que tengamos que tomarlos de los pueblos, ni que yo me vea en la pena de soportar el pillaje ni las extorsiones. Los franceses, después de la resistencia de Puebla, no han hecho más que dar un paseo triunfal por el interior, y yo me prometo que en Oaxaca, si el destino les reserva el triunfo, ha de ser a mucha costa y solamente porque nos aplastaran por la superioridad en el número.

Pero no será remoto que obtengamos la victoria, y que la república toda se convierta al otro día en una extensa muralla. La lucha puede, es cierto, prolongarse como la que a principios del siglo nos hizo libres e independientes; pero el éxito es seguro.

Me hace usted justicia, que también le agradezco, en creer que conservo un nombre honrado y limpio, lo cual es todo mi orgullo, todo mi patrimonio, todo mi porvenir. Pues bien, para la prensa asalariada no soy más que un bandido, ni seré otra cosa para el archiduque Maximiliano y para el ejército invasor; y yo acepto con resignación y entereza que se mancille mi nombre, sin arrepentirme de haberle consagrado al servicio de la república.

Siento en el alma que habiéndose usted separado del Ejército del Centro, con el ánimo de no comprometerse en la política del extranjero, haya sido magnetizado por el archiduque, y venga con el tiempo a desenvainar en su defensa la gloriosa espada que otros días ha dado a la patria; pero si así fuere, tendré por lo menos el consuelo de haber continuado en las filas en que usted me enseñó a combatir, y cuyo símbolo político usted grabó en mi corazón con palabras de fuego.

Al presentármese un mexicano con las proposiciones de Luis, debí hacerlo juzgar con arreglo a las leyes, y no mandar a usted en contestación, más que la sentencia y la noticia de la muerte de su enviado; pero la buena amistad que usted invoca, los respetos que le guardo, y los recuerdos de mejores días que me unen tan íntimamente a usted y a ese común amigo, relajan toda mi energía y la

convierten en la debilidad de devolverlo sano y salvo, sin la menor palabra de odiosa recriminación.

La prueba a que usted me ha sujetado es gravísima, porque su nombre y su amistad constituyen la única influencia capaz, si la hubiera, de arrastrarme a renegar de todo mi pasado, y a romper con mis propias manos el hermoso pabellón, emblema de las libertades e independencia de México. Habiendo podido contestarla, puede usted creer firmemente que ni los más crueles desengaños, ni las mayores adversidades, llegarán a ocasionarme la menor vacilación.

He hablado a usted casi exclusivamente de mi persona, pero no porque olvide a mis ameritados compañeros de armas, ni a los heroicos pueblos y estados de oriente que tantos sacrificios han impendido por la defensa de la república.

No cabe poner en duda la lealtad de tan dignos militares ni la opinión pública, pronunciada altamente y convertida en hechos decisivos en Tabasco, en Chiapas, en Oaxaca y aun en Veracruz y Puebla. Como usted sabe, los dos primeros han arrojado a los imperiales de su seno; el tercero, no les permite dar un paso en su territorio, y en el cuarto y el quinto, una extensa zona mantiene el fuego de la guerra.

¿Cree usted que yo podría, sin traicionar mis deberes, disponer de su suerte, sólo para asegurar la mía? ¿Cree usted que no me pedirán, y con razón, estrecha cuenta de mi deslealtad, y que no sabrían sostenerse por sí mismos, o confiar su dirección a otro más constante y cumplido que el que los abandonara? Así pues, ni por mí, ni por el distinguido personal del ejército, ni por los pueblos todos de esta extensa parte de la república, se puede creer en la posibilidad de un avenimiento con la invasión extranjera, resueltos como estamos, a combatir sin tregua, a vencer o morir en la demanda, por legar a la generación que nos reemplace la misma república libre y soberana que heredamos de nuestros padres.

Ojalá, general, que no contrayendo usted ningún compromiso vuelva con el tiempo a tomar la defensa de tan noble y sagrada

causa. Que entretanto se conserve usted bien, desea sinceramente su muy atento amigo y seguro servidor.

PORFIRIO DÍAZ

Oaxaca, noviembre de 1864

Esta respuesta categórica a las artimañas secretas de Maximiliano no sólo avivaron el espíritu combativo patriótico de los líderes republicanos, a quienes se dio a conocer de inmediato, sino que advirtió a Bazaine que el sur y el oriente no podrían tomarlos por medio de negociaciones a traición y que sólo podía tener la esperanza de vencer a Díaz peleando.

El mariscal de campo francés decidió ir a combatir en persona, a la cabeza de un ejército numeroso, contra Oaxaca y su joven general que no cedía a las tentaciones.

Para los planes de Napoleón era un imperativo reunir sin tardanza una fuerza suficiente que aplastara a Díaz. Aunque el ejército republicano casi había desaparecido en el norte, y el presidente Juárez y sus ministros habían retrocedido hasta un punto desde el cual podrían huir fácilmente hacia los Estados Unidos, era importante que los imperialistas asestaran un golpe final decisivo en México y que el reinado de Maximiliano fuera aceptado en todas partes.

El curso de la guerra había cambiado en los Estados Unidos. Atado al mástil de su buque insignia, Farragut triunfó en la bahía de Mobile; el ejército de la Unión había tomado Atlanta; Sherman inició su pavorosa marcha hacia el mar; Sheridan había arrollado en el valle Shenandoah y Abraham Lincoln, amigo de Juárez y de la república mexicana, resultó electo por segunda vez, triunfando casi en todos los estados libres salvo Nueva Jersey.

El curso de los acontecimientos clamaba implacable e insistentemente por la destrucción de Díaz y la dominación de la región sur de México antes de que el presidente Lincoln pudiera estar en libertad para confrontar a Napoleón con la Doctrina Monroe, respaldado por un ejército invencible.